



Por Paulino S. Tejada, MD

Invitando a Jesús

Frecuentemente hemos oído hablar de la misericordia de Dios y su amor incondicional hacia el hombre, hasta el punto que no se reservó en entregar a su Hijo único, Jesucristo, para que a través de él los hombres tengamos acceso a Dios Padre y a la salvación. Pero Dios no solo se conforma con amarnos, sino que nos da el don de la libertad. Es decir, nos hace libre para amarlo o no, aceptarlo o rechazarlo. Cuanto amor tiene Dios por el hombre que le permite tomar la decisión de su destino eterno.

Es esta capacidad, que Dios le da al hombre de ser libre, lo que nos permite afirmar que Dios es un caballero, pues solo entra en tu vida y en tu casa si tú lo invitas. Por eso afirmaba San Agustín: "Dios que te creo sin ti, no te salvara sin ti", es decir: que a pesar de que nos creó, y le pertenecemos, nos da la libertad de aceptarlo o rechazarlo, amarlo o no, y de recibir o no la salvación que nos ofrece.

Este aspecto de Dios es también evidenciado en su Hijo Jesucristo, la persona tangible de la Santísima Trinidad. A Jesús el hombre pudo verlo, tocarlo, y sentir su amor en una forma totalmente humana; pues él es verdadero Dios y verdadero Hombre. Las sagradas escrituras nos narran que en su caminar por esta tierra el Maestro no despreció a ningún ser humano que con corazón sincero lo invitara a su casa, o a su vida. Leemos los relatos bíblicos de que Jesús aceptó la invitación de pecadores, pobres, enfermos, y otros tantos que el mundo consideraba no dignos del amor de Dios.

El evangelio de San Lucas (19:1-9) nos relata como Jesús le hace una propuesta a Zaqueo, que era un cobrador de impuestos (es decir un pecador). Jesús le propone: "Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que quedarme en tu casa". Fíjate querido hermano que, aunque Jesús es Dios, Zaqueo estaba en la libertad de aceptar o no la invitación que Jesús le hacía. Pero con humildad de corazón, aquel pecador al ver al maestro, con gusto lo recibió en su casa. Dice el versículo 8: "Zaqueo bajó aprisa, y

con gusto recibió a Jesús”. Pero al recibir a Jesús en su casa Zaqueo recibió toda la bendición que Dios tenía reservada para él. En el versículo 9, Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque este hombre es también descendiente de Abraham.”

Jesús todos los días se ofrece para ir a tu casa y espera que tú le invites para permanecer en tu vida y llevarte a la salvación, Pero más que tu casa física, Jesús espera que tú lo invites a entrar en tu corazón. A veces creemos que la invitación la hacemos con palabras, sin embargo, Jesús espera hechos concisos que indiquen una apertura hacia su amor. Invitamos a Dios a nuestras vidas cuando amamos genuinamente a su Hijo Jesús, y obedecemos su palabra. Por eso el evangelio de San Juan 14:23 nos dice: “Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi padre lo amará, vendremos a él, y haremos morada con él”.

Al aceptar a Jesús e invitarlo a ser el rey de nuestras vidas, abrimos nuestros corazones a su presencia renovadora. También recibimos el amor de Dios Padre, y con ello la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. Pues el que invita a una de las personas de la Santísima Trinidad, inevitablemente invita todo el amor de Dios Trinitario, pues él es tres personas en una, indivisible.

Aunque es una realidad, el resultado del pecado de nuestros primeros padres, hombres y mujeres nacemos con el pecado arraigado en nuestra vida, no menos cierto es; que Dios diseñó nuestro ser para recibir toda su gracia y hospedar al Espíritu Santo. Así nos lo recuerda Pablo en 1 Corintios 6:19-20. “¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios?

Si te sientes vacío, es porque has tratado de llenar ese espacio con otras cosas (dinero, placeres, poder, etc.), cuando sólo Dios, a través de su Hijo Jesucristo con la efusión del Espíritu Santo puede hacerte sentir pleno y realizado. En tu vida, hay un espacio que es del tamaño de Dios. Es por eso que hoy más que nunca necesitamos invitar a Jesús a nuestras vidas, para que nos regale una efusión de su Espíritu, y venga a reinar en nuestros corazones, que le pertenece a él. Somos templo donde habita Dios, nuestros cuerpos son del Señor.

Es por eso que, al negarnos a invitar a Jesús a reinar en nuestras vidas y corazón, estamos también rechazando al creador de la vida, dador de toda clase de bienes celestiales. En Juan 15:5, Jesús nos dice: “yo soy la vid, ustedes los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva fruto; porque separados de mi nada pueden hacer.” Si no invitamos a Jesús, nos debilitamos, nada podemos hacer para desviar los dardos incendiarios del enemigo, y nos hacemos presa fácil para el mal.

Cuando no se invita a Jesús a ser el centro de nuestras vidas, el maligno entra en nuestras vidas de una manera fácil; y el mal se convierte en el huésped de nuestros hogares y nuestra vida cotidiana. El domingo 28 de febrero del corriente año, antes de rezar el Ángelus, el Papa Francisco nos recordó que debemos prepararnos para combatir el mal a través de la invitación a Jesús a reinar en nuestras vidas. El Papa

aseguro “Nunca estamos lo suficientemente orientados hacia Dios y debemos continuamente dirigir nuestra mente y nuestro corazón a él”.

Siempre que invitamos a Jesús, ocurrirá lo mismo que en las bodas de Caná, aquel que solo fue un simple invitado terminó siendo la persona principal. Por eso en el día de hoy Jesús se está ofreciendo a entrar en tu vida, para bendecirte, y propiciar los cambios que te permitan a ti y a tu familia llegar a la vida eterna. Él quiere llenar la tinaja vacía de tu corazón con un vino nuevo, multiplicar las bendiciones en tu vida, quitar la ceguera de tus ojos, hacerte digno al curar la lepra o cualquier otra enfermedad física que ataque tu cuerpo, y mirarte fijamente a los ojos para decirte con palabras tiernas, tus pecados te son perdonados. Amén